

EDITORIAL

DILEMAS EN EL SIGLO DE LAS CIENCIAS DE LA VIDA

El siglo XX ha sido denominado el siglo de la física. Y no es para menos, las dos teorías de la relatividad de Einstein, la mecánica cuántica y la mecánica estadística sentaron las bases que permitieron el desarrollo de las ETI (electrónica, telecomunicaciones e informática), la energía nuclear (incluyendo las superarmas de destrucción masiva), los satélites, el láser en sus mil formas, la revolución del transporte, la resonancia magnética nuclear y demás dispositivos para imágenes diagnósticas.

Pero el siglo XX también sentó las bases del conocimiento sobre el negaentrópico universo biótico, integró los caminos recorridos en el siglo anterior y sacó a la luz la clave de la vida. La comprensión de los sistemas complejos adaptativos pasó de una fase analítica a una etapa de síntesis. Y las aplicaciones empezaron a multiplicarse por doquier a final de milenio. Y ahora el siglo XXI se reconoce como el siglo de las ciencias de la vida por las inmensas perspectivas abiertas desde la metagenómica hasta las neurociencias. Mientras las aplicaciones de la física revolucionaron el diagnóstico médico y la intervención quirúrgica, y la química impactó la farmacología, la biología –como fundamento de la biotecnología– se está convirtiendo en una poderosa fuerza agro-industrial y a la vez carga con el reto ambiental que pone en juego la supervivencia de la especie. Pero su mayor impacto, quizá, está en la medicina, en la salud humana.

Así, la distancia entre ciencia básica y ciencia aplicada se reduce cada vez más en la sociedad del conocimiento, enfrentando al investigador con graves dilemas éticos en función de los efectos que sobre la sociedad puede tener su labor. La genómica, la proteómica, la terapia génica, los desarrollos biotécnicos a partir del ADN recombinante, la reacción en cadena de la polimerasa (PCR), la reproducción asistida, el diagnóstico preimplantación (DPI), la manipulación y consumo de embriones, la investigación sobre regeneración, células madre y otras técnicas novedosas y potentes, constituyen un desafío de una magnitud jamás experimentada por nuestra especie al convertir al ser humano en parte de la naturaleza intervenida, instrumentalizada y objetivada, transformando así nuestra visión de nosotros mismos. Es lo que Habermas llama la difuminación

de la frontera entre la naturaleza externa y la naturaleza interna y su desencantamiento definitivo.

La bioética está pues al orden del día, como prioridad de la política de I+D+i en ciencias biomédicas. Pero también lo está la lógica de costo/beneficio y sus dilemas de prioridades a la hora de la asignación de recursos. Cuando estos son dramáticamente limitados como es el caso de Colombia, promoción y prevención pueden ser más pertinentes que lo curativo. La educación salva vidas en múltiples formas, desde la interiorización de la higiene en la cultura popular (para contrarrestar las enfermedades infecciosas) hasta la expansión de estilos saludables de vida en contravía de las dinámicas de la sociedad de consumo (para contrarrestar las enfermedades crónicas). Y a veces las soluciones más elementales pueden ser las más eficientes: repartir toldillos entre la población de las zonas endémicas de malaria puede salvar más vidas que la investigación en vacunas o promover el uso de condones puede ser más eficiente en la contención del VIH que el estudio del virus. El saneamiento básico, la seguridad alimentaria y nutricional, en fin, la lucha contra la pobreza, son entonces prioridades en la perspectiva de la salud pública.

¿Cómo invertir entonces los recursos de la nación, del sistema general de regalías (SGR) o –guardadas las proporciones– de una institución como la Universidad Libre? ¿Cuál ha de ser la agenda de prioridades de investigación en salud y vida? ¿En cuáles líneas de investigación debe posicionarse el Cifacs y sus grupos? ¿Y cómo han de impactar estas decisiones en el currículo de nuestros programas o en la definición de nuevas ofertas educativas? Es tiempo de primavera en las biociencias ¡Que se abran cien flores!

Jorge Enrique Senior Martínez

Director Seccional de Investigaciones Universidad Libre Seccional Barranquilla